

porfirista y ensangrienta luego el suelo mejicano. Precisa que quienes luchan en América por imponer en ella normas de justicia social, deriven del hecho mejicano las enseñanzas que él nos ofrece en orden a la mejor consecución de tan altos propósitos. El fundamento agrario de la transformación social que ha de operarse en América, no debe perderse de vista en ningún momento, porque las perspectivas que de tal hecho se deducen, ayudarán a plantear primero y resolver después en sus exactos términos, los numerosos problemas que tal acontecimiento histórico ha de suponer.

Decir revolución agraria, en un escenario casi o totalmente feudal, como el de América, supone el carácter democrático-burgués de tal revolución, según la denominación de los modernos marxistas. Este punto de vista que nosotros suscribimos ayuda a interpretar debidamente la revolución mejicana y ayudará a plantear sin equívocos los postulados de las próximas revoluciones. En ello diferimos de nuestro estimado compañero, el director de esta revista, que aceptando el calificativo de agraria y anti-imperialista de la futura revolución, le supone un fundamento y una calidad socialistas. Este carácter sólo puede aparecer posteriormente y si el deber de los verdaderos revolucionarios es el de apresurar esa transformación y si numerosos elementos socialistas, en primer término el proletariado, colaboran al triunfo de la revolución agraria, no es menos cierto que ello no es bastante, como no fué en el caso de la revolución rusa de 1905, para definir su contenido social en aquel sentido. Desde este mismo punto de vista, encontramos errónea, de acuerdo con la observación de un compañero, la interpretación que Haya de La Torre hace de la gesta zapatista, suponiéndola síntesis socialista de la revolución mejicana.

Excúsenos estas pequeñas digresiones y volvamos al libro "La revolución mejicana". Araquistain hace desfilar en él con su maestría habi-

tual, las figuras y los hechos de este gran acontecimiento, dándoles un movimiento y un colorido verdaderamente sugestivos. Desde la ruda y heroica personalidad de Hernán Cortez, a quien trata de defender de los cargos que algunos historiadores le han hecho, hasta la del actual presidente Portes Gil, el autor retrata con mano ágil a los distintos actores de la historia de Méjico. Pero se detiene especialmente en aquellos que gestaron o actuaron la revolución. En el interesante "film" aparecen Madero, "el apóstol de los ojos ausentes", cuya figura nos parece descrita con justicia, y luego la noble y recia del indio Emiliano Zapata, el "Espartaco de Méjico", delineada con vigorosos trazos. Y después Obregón, a quien supone Araquistain el Hombre de la Revolución Mejicana. Desfila luego el bandido Pancho Villa, a quien escritores sicópatas han pretendido divinizar. Y en seguida Adolfo de La Huerta, taimado y cobarde. Y finalmente, Calles, a quien dedica numerosas páginas, presentándole como al Cincinnati mejicano y verdadero constructor de la consolidación de la Revolución.

En cuanto a la revolución misma, no obstante los adjetivos, a veces hiperbólicos, que la obra emprendida por ella y las perspectivas que ha abierto, merecen al autor, no puede dejar de comprobar que ella ha hecho todavía muy poco por la suerte del indígena y del obrero. Así se ve forzado a consignar, no sin cierta melancolía desde luego, que la repartición de tierras y disolución de los latifundios, propósito fundamental de las aspiraciones revolucionarias de las masas y grito constante de los demagogos, apenas alcanza en la actualidad a un 1.8 por ciento. Coeficiente insignificante que no basta a compensar la sangre vertida por los muchos miles de "pelados" y obreros mejicanos durante el proceso revolucionario.

Estas constataciones, por lo demás harto conocidas, sugieren otra intere-